

Abasolo, dice que lo segundo no le parece probable y que lo primero lo tiene por muy exagerado. Yo creo que las víctimas no bajaron de dos mil quinientas. De los soldados que defendían la alhóndiga murieron más de doscientos y no bajaría de ciento cincuenta el número de españoles (1). Los cadáveres de estos fueron llevados arrastrando, ó asidos por los pies y las manos, completamente desnudos, al camposanto de Belén que estaba próximo, en el cual fueron enterrados. Nadie podía manifestarse compasivo con ellos; y una pobre

1810. Setiembre. mujer del pueblo que pronunció algunas palabras condoliéndose de ver conducir arrastrando el cadáver de un europeo, fué herida en la cara por un hombre de la plebe. El cuerpo del intendente Riaño estuvo á la espectacion del populacho por espacio de dos dias. Como la multitud habia acogido como hecho cierto que las autoridades españolas se habian inoculado con las ideas anticatólicas de la revolucion francesa, dió en creer judío á todo jefe español; y como una parte del populacho habia dado en el absurdo de que todo judío, que en-

(1) Don Lucas Alaman dice que los españoles que murieron fueron ciento cinco; pero sin duda fueron muchos mas. En Guanajuato se echarian de menos esos cientos cinco, porque la mayor parte habian estado vecindados en la ciudad y eran muy conocidos en ella; pero es indudable que perecieron otros de los que de distintos pueblos y haciendas de la provincia se habian refugiado en la capital de esta, creyendo que en ella estarian seguros. D. José Maria de Liceaga, en sus *Adiciones y Rectificaciones*, opina que la cifra de tres mil señalada por el ayuntamiento, es la que se debe admitir; y si yo la disminuyo á dos mil quinientos, es porque no se hallaron con las armas en la mano el número de españoles que pone, puesto que toda la fuerza con que contaba Riaño no pasaba de quinientos hombres entre hijos del país y europeos.

tre el vulgo era sinónimo de condenado, tenia cola, iba á satisfacer su curiosidad (1). No obstante de que los que acudian á visitar el cadáver quedaban convencidos de que habia sido un cuento absurdo el que les habian referido, se conservó la creencia entre la clase ignorante, siempre dispuesta á dar acogida á todo lo raro y maravilloso. El cuerpo del intendente fué poco despues sepultado con una modesta mortaja que le pusieron los religiosos del convento de Belen, cumpliendo así con los deberes de la religion y de la caridad.

1810. Setiembre. Concluida la matanza y dueños absolutos de la alhóndiga los indios y la plebe, se entregaron al saqueo de cuanto habia en aquel vasto edificio donde se habian reunido respetables sumas. La multitud, ávida de despojos, invadió las trojes y las piezas, y arrojándose sobre las barras de plata, de las onzas y de las talegas de duros, trataba cada cual de sacar la cantidad de que se apoderaba, suscitándose riñas que acababan con sangre y muertes, disputando cada uno el derecho á un mismo objeto. El aspecto que presentaba en aquellos momentos de desórden y de saqueo el espacioso local, era repugnante y aterrador. Los numerosos comestibles que se habian acopiado en él para sostener el sitio, se hallaban esparcidos, derramados por todas partes, manchados

(1) Alaman: *Hist. de Méj.* «Esta misma fama ridicula, dice el expresado señor Alaman, corrió en el populacho acerca de todos los españoles, y esto que habian visto sus cadáveres desnudos.» No desmiente esta noticia D. José Maria de Liceaga en sus *Adiciones y Rectificaciones*, lo cual indica que pasó como queda referido.

de sangre y revueltos entre los desnudos cadáveres, el dinero, los rotos fusiles y las barras de plata. Los tres millones que pocos dias antes se habian llevado á guardar pertenecientes al gobierno y los particulares, desaparecieron en un instante. El cura Hidalgo quiso reservar para formar la caja de sus tropas, las barras de plata y el dinero; pero le fué imposible evitar que lo sacasen todo, aunque después consiguió que á los saqueadores se les quitasen muchas de aquellas como pertenecientes á la tesorería del ejército, por lo cual no debian comprenderse en el saqueo.

Terminada la toma de la alhóndiga, Hidalgo pasó á alojarse al cuartel de caballería del regimiento del Príncipe. Esto sin duda dió motivo á que alguno que no presencié los hechos, creyese que habia permanecido allí desde antes de empezar la accion, y que el señor Alaman lo admitiese como una verdad, al ver que estaba de acuerdo con la declaracion de Abasolo.

1810. No se quedó sin sacar provecho de su osadía y de su idea el operario de la mina de Mellado, que habia prendido fuego á la puerta de la alhóndiga y que era conocido entre sus compañeros con el apodo de Pipila. Roto el obstáculo al paso, asaltó, unido á la multitud, el edificio, y terminada la lucha, se le vió subir, poco despues de las cinco de la tarde, hácia el sitio del Mellado en que vivia, con una bolsa de red llena de oro en la mano, en compañía de otros cinco ó seis que tambien llevaban talegas de duros. Fue la vez última que los vecinos del barrio del Terremoto y subida de los Mandamientos, por donde diariamente pasaba para ir á su

casa, le vieron pasar. Nadie volvió á verle desde ese momento ni á saber su paradero. Se cree que algunos, por robarle, y aprovechándose del desorden y confusion que reinaba en esos días, pero muy especialmente en esa tarde, le asesinaron (1).

Cuando la insubordinada multitud se ocupaba en apoderarse de los tesoros depositados en la alhóndiga y se arrebatában entre sí los efectos mas valiosos, dando muerte unos á otros en sus disputas, corrió la voz de que se habia prendido fuego en las trojes y que corriéndose hasta el sitio en que estaba depositada la pólvora, iba á volar el edificio. A esta alarmante noticia, los indios abandonaron precipitadamente la alhondiga, y la gente de á caballo corria á todo galope hácia diversos puntos de la ciudad antes de que se verificase la explosión. Entonces la plebe de Guanajuato, que fué sin duda la que inventó la noticia alarmante para quedarse dueña absoluta de la presa, procuró aprovechar la ocasion apoderándose de lo más valioso que quedaba. Poco, sin embargo, le duró el dominio completo de la presa, pues pasado á pocos instantes el temor, volvió la multitud á penetrar en el edificio, bajando al mismo tiempo hácia él, movida por el cebo del saqueo, la infinita gente que habia permanecido en los cerros en expectativa de los sucesos.

1810. Todo el resto de la tarde pasó la multitud en llevarse los cuantiosos intereses aglomerados en la alhóndiga; y llegada la noche se derramó por las calles de la ciudad para saquear las habitaciones y

(1) Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

casas de comercio de los españoles, que casi todas se hallaban en el centro de la misma. La escena tomó entonces un aspecto verdaderamente aterrador. Los saqueadores, llevando en la mano teas de ocote para alumbrarse, y armados de hachas y de barras de fierro, se lanzaron unos á romper las puertas de las tiendas, mientras otros subian á los balcones para penetrar en las habitaciones. El ruido espantoso producido por los incesantes golpes; los gritos feroces de la desenfrenada multitud y los aplausos con que celebraban el derribo de una puerta por donde se lanzaban millares de individuos al botin y al pillaje, imprimian á Guanajuato ese tinte terroroso con que nos presentan una poblacion invadida por los cosacos. «Las mujeres,» dice el historiador mejicano D. Lucas Alaman, que presencié esas dolorosas escenas, «huian despavoridas á las casas vecinas trepando por las azoteas, y sin saber todavía si en aquella tarde habian perdido á un padre ó á un esposo en la alhóndiga, veian arrebatarse en un instante el caudal que aquellos habian reunido en muchos años de trabajo, industria y economía. Familias enteras que aquel dia habian amanecido bajo el amparo de sus padres ó maridos, las unas disfrutando opulencia, y otras gozando de abundancia en una honrosa mediocridad, yacian aquella noche en una deplorable orfandad y miseria, sin que en lugar de tantos como habian dejado de ser ricos, hubiese ninguno que saliese de pobre, pues todos aquellos caudales que en manos activas é industriosas fomentaban el comercio y minería, desaparecieron como el humo, sin dejar mas rastro que la memoria de una antigua prosperidad, que para volver á res-

tablecerse ha necesitado el transcurso de muchos años, el grande impulso que después ha recibido Guanajuato por las compañías extranjeras de minas, y la casualidad de las grandes bonanzas de algunas de estas.»

La muchedumbre dando libre rienda á sus pasiones y á su placer de bulla y desórden, se lanzó sobre cuanto pertenecia á los europeos, y á la vez que numerosos grupos extraian de sus habitaciones, la ropa de uso, los muebles y cuanto en ellas encontraban, otros sacaban de sus almacenes y tiendas, todos los efectos de comercio que luego los vendian á vil precio, pues los barriles de aguardiente los daban á cinco duros, á dos los tercios de cacao
1810. ó de almendra, á igual precio las piezas de Setiembre. estopilla, y á cuatro las de cambray. Aprovechándose la plebe astuta y perspicaz de Guanajuato de la ignorancia de los indios, lograron comprarles las barras de plata á cinco duros y las onzas de oro á dos ó tres reales, haciéndoles creer que eran medallas de cobre. A igual despreciable precio vendian las alhajas y cuanto de exquisito caia en sus manos, pues desconocian completamente su valor. Pero no se limitaban aquellas masas á solo el saqueo de las mercancías, sino que llevadas de un instinto de destruccion, «destrozaban los mostradores y los cajones afianzados en la pared, en los que se colocaba todo lo vendible del giro respectivo,» dice el escritor mejicano D. José María Liceaga que presencié los hechos, «y consumido todo lo dicho, subian á los balcones para aprovecharse del fierro de las rejas y de los barandales, de todo lo cual resultaba un ruido y estrépito continuos y formidables con los golpes que se daban á las puertas para

abrir las, arrancarlas y tumbarlas, sucediendo lo mismo con los mostradores y cajones, y por último con los balcones, acompañándose todo este estrépito con la feroz algazara y gritería de vivas y mueras, por centenares de bocas de hombres ébrios y enfurecidos. Todo era barullo, confusion y desórden, sin que ningun jefe hubiera cuidado de contenerlo; de suerte que duró toda la noche, la que fué muy borrascosa y terrible, habiendo quedado las calles y las plazas á la absoluta disposicion del populacho, y de los miles de indios que habian entrado en la mañana del mismo 28 de Setiembre» (1).

(1) Liceaga: *Adiciones y Rectificaciones*.

CAPÍTULO X

Continúa el saqueo en la ciudad y en las haciendas de beneficiar metales pertenecientes á españoles.—El dia 30 da un bando el cura Hidalgo para contener los desórdenes.—Continúan estos y Allende y el cura Hidalgo los reprimen por la fuerza.—Son conducidos á Granaditas los presos españoles.—Generosos sentimientos de los vecinos de Guanajuato hacia ellos.—Hidalgo forma dos regimientos de infantería y da elevados grados en el ejército á varios individuos.—Establece Hidalgo fundición de artillería y una casa de moneda en Guanajuato.

1810 La luz del dia 29 vino á alumbrar los sitios en que se habian verificado las escenas de desórden de la noche anterior, en que habian sido actores los insubordinados indios y la plebe.

Era el cumpleaños del cura Hidalgo.

Los cadáveres de millares de indios y de algunos europeos, asi como de la tropa, se hallaban insepultos en los